

no se sitúa en una serie de acontecimientos sino en un grupo de personas que encierran las preocupaciones del autor. Cada una de ellas conoce detalladamente la vida de las demás y no existe ninguna posibilidad de revelaciones posteriores. Las referencias al pasado adquieren valor dramático por el hecho de convertirse en una acusación brutal que llevará a los personajes al reconocimiento de algo que hasta entonces se había pretendido ignorar. Así, llegan a la conciencia de una culpabilidad que todos tendrán que compartir, pero de la que quieren librarse culpándose unos a otros.

De este modo, no asistimos al reconocimiento de los personajes entre sí, sino a un descubrimiento unilateral que el público hace de ellos: un sentido del desarrollo dramático que nuestra crítica, generalmente, se niega a aceptar.

La obra ha encontrado una excelente

escenificación en México, gracias al talento de Xavier Rojas, quien sin lugar a dudas ha transmitido todos los valores y propósitos que encierra el texto. Y para ello ha contado, además, con la sensibilidad y facultades de un grupo de actores encabezado por Isabela Corona, que logra aquí la mejor de todas sus interpretaciones. Su Mary Tyrone sostiene toda la intensidad que el personaje requiere. Jorge del Campo recrea a Edmund con la verdad y la pasión que O'Neill puso en este cruel autorretrato. Será muy difícil que otro actor joven llegue a superar su magnífico desempeño. Augusto Benedico, espléndido en su composición de James Tyrone. José Alonso, obedece a las intenciones de la dirección y convence ampliamente. Nancy Cárdenas, acertada y precisa. La escenografía de López Mancera, enmarca sobriamente las excelencias de este conjunto.

Los ángeles intervienen cuando es oportuna su presencia, en el juicio, como si fueran los defensores de quienes incurrieron en alguna falta. Los diablos "tientan" a aquéllos; mas no por iniciativa propia: antes de cargar con el pecador, piden autorización, para ello, a la Virgen María.

*

Según se puede advertir por la precedente síntesis de tres de las escenas que se desarrollan sucesivamente, en esta obra de teatro en lengua mexicana —escrita quizás antes de que mediase el siglo XVI, en la Nueva España—, fue concebida para moralizar a los indígenas conversos.

Por tal propósito, claramente expresado en ella, estaba próxima aún a aquel período en el cual fray Juan de Torquemada introdujo las representaciones llamadas "neixcuitilli" —dechados, ejemplos—, que servían para ilustrar, con breves escenas, los sermones en la misa del domingo.

En el curso de la representación, los espectadores podían comprender que se salvan los justos: Lorenzo y su mujer, cuyas vidas han terminado santamente, y se condenan los culpables, perezosos o rebeldes.

El joven perezoso va a unirse a las ánimas del Purgatorio; arderá en el fuego aquel hijo rebelde que no guardó el respeto debido a su madre. Como al final de la obra el muchacho dice que sus padres tuvieron la culpa por no haberlo educado cristianamente, sugiere así que sobre los padres, negligentes en ese aspecto, recaen las culpas de los hijos.

*

Esta obra primitiva de teatro ejemplarizador, es una de las contadas muestras que existen en su género, —y de la cual, por excepción, ha llegado el texto hasta nosotros—, entre aquellas que se representaban a mediados del siglo XVI, en la Nueva España.

Fue compuesta en lengua náhuatl, quizás antes de que concluyese el primer tercio de aquel siglo, según se ha conjeturado, por un fraile dominico, ayudado por alguno de los indígenas conversos que se educaban aquí, en los colegios recién establecidos entonces.

Probablemente fue representada, bajo la dirección de los mismos educadores que supieron aprovechar el teatro en la tarea evangelizadora, con aquellas representaciones, de las cuales tenemos noticia por alguna mención de quienes las organizaron, a raíz de la Conquista militar, en México, en Tlaxcala y en otros lugares.

*

Tal obra merece un detenido estudio —y por esa razón conviene señalarla a los investigadores del teatro en México—, tanto desde el punto de vista lingüístico, labor que corresponde al nahuatlato, como desde otros puntos de vista.

Hasta ahora, que sepamos, únicamente han hablado de ella el americanista John H. Cornyn, quien escribió en 1935 una presentación en la que proporciona datos sobre las copias de la misma, conservadas en la Biblioteca del Congreso, de Washington, D. C., E. U. A., y el doctor Angel María Garibay, en el segundo tomo de su *Historia de la literatura náhuatl*.

TEATRO MORALIZADOR

LA PARTE que ha llegado hasta nosotros, en dos copias del texto original en lengua náhuatl, de una de las primeras obras de teatro ejemplarizador representado en la Nueva España, nos permite conocer los procedimientos que empleaban los evangelizadores, en esa clase de obras.

En la interpretación del diálogo, no traducido aún al español totalmente (sólo se han publicado algunos de sus parlamentos), intervienen personajes reales e irreales; seres humanos y divinos, como era uso en el teatro del medievo, en Europa.

Entre los primeros, figuran dos ancianos: Lorenzo, cuyo nombre aparece, en el manuscrito, "Lurezo" —cambiada por *u* la *o* de la sílaba inicial y suprimida la *n*, que reemplaza la tilde sobre la *e*, según la grafía de la época— y su mujer; una madre, su hijo y tres jóvenes.

Entre los últimos, se cuentan: Jesucristo, la Virgen María y cuatro ángeles. A ellos se unen seis ánimas del Purgatorio —a las que se suma el culpable—; tres diablos y la Muerte.

*

El tema de esta obra de teatro ejemplarizador se desarrolla en una sucesión de escenas y diálogos. Desde luego aparecen el piadoso Lorenzo, a quien aqueja un grave mal, y su devota mujer que lo acompaña.

Ambos han salido de su choza, cercana a la capilla, para ir a orar por los muertos. Al abandonar ésta, él se agrava. Los dos quieren morir juntos: así no sufrirá el que sobreviva, y su deseo se cumple en el acto.

Surge la Muerte, con apariencia de arquero medieval, dispara una flecha sobre cada uno, después de decir su parte, y los dos perecen a la vez, como aconteció, según la leyenda, a la amorosa pareja que formaban Filemón y Baucis.

La débil madre que ha mimado a su hijo, se presenta con él. Al tratar de llevarlo al templo, el rebelde muchacho la abofetea. Es fácil suponer la impresión que tal escena produciría entre los espectadores indígenas a quienes se educaba

de mediados del siglo XVI

Por Francisco MONTERDE

dentro de severas normas que incluían el respeto a sus padres.

De los tres jóvenes que la víspera, al anochecer, se habían tendido a dormir a la sombra de las ramas, en el bosque, dos se levantan a tiempo, y acuden a cumplir sus deberes religiosos en la capilla.



El tercero de esos jóvenes que, indolente, prefirió seguir durmiendo, al otro día recibe en seguida el castigo: por perezoso, uno de los diablos carga con él. De ese modo, interpreta objetivamente la frase común: "se lo llevó el diablo".

*

Concluye la representación de esta obra de teatro moralizador, en la que tales escenas van alternadas con otros diálogos y discusiones, con un aparato de juicio. En el coro bajo comparecen las seis ánimas del Purgatorio. Antes de arder en las llamas, el hijo condenado por su rebeldía arroja la responsabilidad sobre sus padres.

Dice el rebelde, entre otras cosas: "abrid vuestros oídos; escuchad el sermón y el buen ejemplo, y no os acontecerá lo que a mí va a sucederme: no caeréis en las llamas." Frases con las que sitúa la representación ejemplarizadora, antes del sermón dominical pronunciado durante la misa.